

prosa

## Andenes

Margarita Averbach

**H**asta la palabra me gusta. Se la pondría de nombre a una casa, a un árbol, a un perro que tuviera alguna capacidad para ser más de uno, para andar en plural. Cuando esas letras están juntas, hay algo que huele a espacio, a apertura en ellas y no me refiero solamente a que un “andén” sea un espacio porque no suena igual en otro idioma, no para mí, y en castellano, aunque también son espacios, no me dicen lo mismo ni muelle, ni calle, ni ruta, ni plaza. Pero yo no empecé con las letras. Empecé por el sentido. Como todo el mundo. Y cuando empecé, un andén era siempre un principio. Finales hubo después: despedidas, películas que terminaban en lágrimas y sollozos y después (en esos tiempos iba sola al cine), las puertas de cristal y las ciudades de afuera, deslumbrantes, terribles. Pero entonces, ya estaba en la adolescencia. De chica, no. De chica, un andén era el lugar donde algo se abría algo por primera vez: un viaje, por ejemplo. Una historia. Una persona. Imaginaba encuentros al final de las vías. Mamá con la sonrisa en la cara y las manos abiertas y regalos; un caballo en lugar de un auto esperándome sobre adoquines húmedos. Mi caballo. El caballo que me reconocería por mi nombre, el que podría montar sin riendas ni palenques ni monturas. Un amigo más confiable que los que me habían traicionado. Otro lugar, mejor que el mío. Los andenes son generosos. Se dejan hacer cuando quieren; y cuando quieren, estallan en carreras, tropezones, palomas negras y espantos. Yo podría clasificar andenes. Por el tiempo, digamos: los de la rutina, los que una ya no ve porque los vio demasiadas veces y no significan nada o significan tanto que no vale la pena acordarse; los que fueron una sola vez y en esa vez lo fueron todo; y los otros, los que invento espacio en las noches cuando no tengo ganas de leer y no hay nada en televisión y llueve y una

quisiera otra cosa... O por la densidad: los que conocen mi historia y me acusan cuando me olvido y los vírgenes, los que parecen estar esperando convertirse en algo, mendigando con olores y formas el privilegio de pasar a la categoría de recuerdo. O por lo que prometen: los andenes de la aventura, que no fueron muchos para mí y los otros, los del miedo, esos que se miran hacia atrás mientras el tren se aleja porque en el fondo una no quisiera dejarlos, porque se está arrepintiéndose de haber subido el último escalón metálico, porque sabe que no debería haberse arriesgado y ya es tarde para decir que no al tren, al viaje. Cuando me aburro en los viajes, clasifico andenes. A veces les pongo nombre: el blanco, el populoso, el desértico, el feo. El nombre los transforma, como todos los nombres. Yo charlo con los andenes que tienen nombre: es como si el andén y yo tuviéramos un secreto, una conspiración de dos. Pero hay un andén, uno solo creo, que no puedo ubicar en ningún casillero, un andén que no me dijo su nombre. Me acuerdo de él a veces cuando los otros, los rutinarios me escupen a la calle de la noche, y estoy cansada y hace frío y me faltan siete cuadras solitarias hasta la cama y oigo al invierno, demasiado cerca, entre las ramas. Es un andén peruano y lo conocí hace muchos años, en los tiempos en los que todavía había otros que decidían por mí, esos tiempos en que un viaje era sentarse a mirar por la ventanilla, sin cálculos, sin demasiados miedos, sin preocupaciones. Sin nada más que el paisaje en la cabeza. Me acuerdo de que estaba leyendo cuando llegamos. Me había cansado de los ríos y el desierto. El libro me emocionaba. Cuando levanté la vista, del otro lado de la ventanilla sucia había un hombre de espaldas encorvadas. Tenía una cabra muy blanca de collar rojo atada a una sogá, de pie entre sus piernas. Se levantó del banco verde de madera, se acercó a los vagones y me hizo un solo gesto. ¿A mí? ¿Al tren? ¿A todos los que estuvieran mirándolo? Señaló un árbol enorme del que colgaban miles de frutas rojas. Yo miré el árbol (el gesto era elocuente) y no vi nada raro, excepto las frutas mismas. Después pensé que los andenes casi siempre significan espera y que la espera es tiempo y que quizás hacía ya horas que el hombre de la cabra estaba ahí, estudiando las ramas, y que tal vez, en esas horas, había descubierto abejas gigantes o mujeres o ventanas secretas encerradas entre las hojas. Eso no me parecía del todo raro; por el

libro, en parte. Lo que me sorprendía era la generosidad de la mano extendida. Una mano nudosa, llena de cicatrices, arrugas, historias.

La vi en el aire, por encima de la cabra. Mostraba algo que había visto en el rojo y el verde mientras el andén se detenía junto a nosotros. Me lo mostraba a mí, una desconocida; al tren, que lo había olvidado hacía mucho, en el último viaje, porque los trenes no recuerdan a los que no llevan en sus entrañas; a los que hubieran dejado los libros y el sueño de la siesta y estuvieran mirando por las ventanillas. Me levanté. Me asomé un poco hacia el polvo y el calor del andén y miré hacia atrás. Hubiera querido que el hombre subiera al tren con su cabra blanca de collar rojo y sus manos antiguas y marcadas. Había cabras y gallinas y árboles en el tren. No era un tren de turistas. Hubiera querido preguntarle por el milagro del árbol de las frutas rojas. No subió. El guarda pasó junto a mí, como en las películas viejas, gritando veinte minutos, veinte minutos. Bajé aunque pensaba que no me animaría a hablarle. Veinte minutos parecía un margen seguro, incluso para mí, que cuando bajo, no puedo dejar de planificar lo que voy a hacer cuando pierda el tren por un descuido. Hacía calor, ese calor ambiguo de la montaña que esconde un frío líquido adentro: un jugo azul, inesperado, en medio de una pulpa dura y rosada. Caminé hacia el árbol por el andén blanco. Era de esos andenes cubiertos de piedritas sueltas, como los de los pueblos chicos y las piedritas crujían bajo las zapatillas como si estuvieran vivas. Yo me acordé de mí, a los seis, a los siete, cuando me las guardaba en los bolsillos para tirarlas después, sobre los puentes de la pampa. El hombre de la cabra seguía parado, inmóvil, junto al tren. —No va a subir? —le pregunté. Me parecía una pregunta inocente, disculpable, aparentemente espontánea. La pregunta de alguien que no tiene nada que hacer. El hombre levantó la cabeza. Tenía una mirada turbia, asombrada. Casi como la de un niño. —No — dijo, en un castellano que para mí era diferente, un castellano que lo convertía en personaje de cuento y al mismo tiempo en alguien muy real, muy concreto, alguien de otra tierra —. Es que a la cabra le gusta el tren y vengo. Después, dio media vuelta, caminó dos pasos hasta el banco verde y se sentó de nuevo. La cabra siguió parada en el mismo lugar, con la soga extendida como un cordón umbilical entre ella y

el hombre. Yo me puse a mirar el árbol. Tenía veinte minutos. Es poco tiempo para conocer a un árbol.

Descubrí tres nidos abandonados, una grieta que crujía un poquito en la brisa y una cinta roja, muy arriba, como otro tipo de fruta, delgada, orgullosa, distinta. El tronco era casi liso, como de tela. Parecía falso. No tenía nombres grabados. Tal vez era tan liso que nadie se atrevía a hundirle un cuchillo o una navaja. Hubiera sido una profanación. Los otros árboles del andén se abrían en corazones y flechas y declaraciones de amor y de odio con recuadros y claves, como en todas las estaciones. Bastante abajo, en el principio de la copa, colgaban las patas dormidas de un gato amarillo. Me distraje. Casi pego un salto cuando el guarda tocó la campana y puso un pie en el estribo. El hombre de la cabra sonrió cuando me vio subir. Después, levantó la mano otra vez y me gritó sobre el aullido del tren: —¿Lindo, no? Yo no sabía de que me hablaba, no sabía que habían visto sus ojos medio ciegos ahí arriba. No sabía que habían visto los míos. Ni siquiera sé si el secreto que quiso mostrarme estaba en el árbol, en los trenes que tanto le gustaban a su cabra, en las piedras blancas de mi infancia o en el sol de ese día de verano. El espacio deslumbrante del andén arrancó lentamente hacia el sur y en el último momento, yo también grité con fuerza. Sí, dije, sí, es hermoso. Quería que él me oyera. Que supiera que nos entendíamos.

e-mail: [postmast@averb.filo.uba.ar](mailto:postmast@averb.filo.uba.ar)